OPERACIÓN
VALKIRIA

OPERACIÓN VALKIRIA

JESÚS HERNÁNDEZ

nowtilus

Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: Operación Valkiria
Autor: © Jesús Hernández

Copyright de la presente edición: © 2008 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Diseño del interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-633-9

Índice

Introducción 11

Al encuentro de la Historia 21

Capítulo 1. La resistencia..... 37

Capítulo 2. Los atentados..... 57

Capítulo 3. Stauffenberg 75

Capítulo 4. La conjura 105

Capítulo 5. Los preparativos.....125

Capítulo 6. La Guarida del Lobo 147

Capítulo 7. La explosión 161

Capítulo 8. Bendlerstrasse 171

Capítulo 9. Hitler reacciona 187

Capítulo 10. La respuesta.....197

Capítulo 11. París se une al golpe 207

Capítulo 12. Intuyendo la catástrofe 213

Capítulo 13. Reunión en La Roche-Guyon.....221

Capítulo 14. El golpe, aplastado 225

Capítulo 15. La voz del Führer 235

Capítulo 16. La calma llega a París 241

Capítulo 17. Venganza 245

Capítulo 18. El juicio 255

Capítulo 19. Ejecución.....265

Capítulo 20. ¿Por qué fracasó el golpe? 277

Anexo 1 295

Anexo 2 297

Anexo 3 299

Anexo 4 301

Anexo 5.....303

Anexo 6.....306

Anexo 7.....308

Anexo 8.....309

Anexo 9.....310

Anexo 10.....312

Cronología del 20 de julio de 1944.....317

Los escenarios.....319

Los protagonistas.....325

Filmografía.....337

Bibliografía.....343

Introducción

El 20 de julio de 1944 es una fecha destacada en la cronología de la Segunda Guerra Mundial. Ese día, el coronel Claus von Stauffenberg colocó una bomba a un metro escaso de Adolf Hitler, mientras se celebraba una conferencia en el Cuartel General del *Führer* en Rastenburg. El artefacto estalló, pero una increíble cadena de casualidades y coincidencias hizo que el dictador germano saliese ileso del atentado. El golpe de Estado que se desarrolló en Berlín a continuación también sería víctima de la fatalidad, lo que le condenaría al fracaso. Nunca antes estuvo el régimen nazi tan cerca de ser derribado, pero de forma milagrosa éste sobrevivió, al igual que su líder. Es comprensible que Hitler quedase convencido tras el frustrado intento de asesinato de que la Providencia estaba de su parte.

Las doce horas transcurridas entre el estallido de la bomba y el aplastamiento final del golpe han sido narradas en innumerables libros, y han sido llevadas al cine en varias ocasiones. Difícilmente encontraremos otro hecho histórico que haya sido analizado tan minuciosamente, prácticamente al minuto. Eso puede llevar a creer que conocemos con

DER SPIEGEL

Nr. 29/12.7.04
Deutschland: 3,00 €



20. Juli 1944

Protokoll eines Staatsstreiches

www.spiegel.de

exactitud todo lo ocurrido ese día, pero nada más alejado de la realidad; paradójicamente, los historiadores no se ponen de acuerdo sobre muchos de los detalles que conformaron esa histórica jornada. Si tomamos al azar dos obras referidas al 20 de julio, comprobaremos de inmediato cómo difieren las versiones presentadas por cada uno de los autores, llegando seguramente a contradecirse.

Para confeccionar el presente trabajo ha sido necesario llevar a cabo una investigación más propia de las que suelen aparecer en las novelas policíacas. En esos casos, ante un mismo hecho criminal, el inspector procede a recoger las versiones proporcionadas por los testigos; pese a lo reciente del hecho, estos testimonios diferirán enormemente dependiendo del lugar que ocupaba en ese momento preciso cada uno de los que presenciaron el crimen, aunque al final, para asombro del lector, el protagonista logrará encajar todas las piezas del rompecabezas, descubriendo así al culpable. Pero en el caso del complot del 20 de julio, hay que tener presente que casi todos los testigos fueron ejecutados o se suicidaron antes del final de la guerra y que los supervivientes no dejarían sus impresiones por escrito hasta una, dos o incluso tres décadas después del suceso.

En estas circunstancias, intentar reconstruir lo ocurrido aquel día se antoja una misión imposible. En cuanto el investigador cree haber completado el rompecabezas de las diferentes versiones, encajando una pieza aquí y otra allá, siempre aparece una nueva a la que no se le encuentra acomodo y que amenaza con poner en entredicho el trabajo de reconstrucción realizado hasta ese momento. Intentar conocer en detalle lo que pasó el 20 de julio de 1944 se ha convertido en un trabajo de Sísifo que ha puesto a prueba la paciencia de los historiadores.

Como se ha apuntado, los elementos con los que cuentan los investigadores son muy limitados. La mayor parte de los documentos relativos al complot fueron destruidos por los propios conspiradores o sus

Portada de la revista alemana *Der Spiegel* de julio de 1994, dedicada a la conmemoración del cincuenta aniversario del atentado del 20 de julio. La acción de Stauffenberg se sigue recordando cada año en Alemania, como homenaje a todos aquellos que se enfrentaron a la dictadura de Hitler.

familiares y amigos. Los que cayeron en manos de las autoridades nazis serían destruidos también, después de servir para incriminar a miles de sospechosos, y los pocos documentos que sobrevivieron perecerían bajo los bombardeos.

La fuente principal de información es el trabajo llevado a cabo por la Gestapo en los días posteriores al atentado, recopilado en unos informes que eran remitidos diariamente a Hitler, y que son conocidos como los Informes Kaltenbrunner. Pero el valor de estos informes es muy discutible, puesto que no se citan largas declaraciones, sino frases aisladas, fuera de contexto, y aderezadas con comentarios del compilador, más preocupado por establecer la bajeza moral de los implicados que de descubrir la verdad. Además, muchas manifestaciones no son reflejadas de forma textual, sino que son expuestas en palabras del funcionario de la Gestapo encargado del interrogatorio.

A esta escasez de fuentes fiables, hay que sumar las especiales circunstancias que vivió Alemania en los años posteriores. Hasta el final de la guerra, el recuerdo del atentado del 20 de julio se fue diluyendo hasta olvidarse casi por completo; los alemanes, intoxicados por la propaganda y aterrorizados por la represión policial, llegaron a convencerse de que, tal como habían repetido hasta la saciedad las autoridades nazis, el complot había sido obra de "una reducida camarilla de oficiales criminales". La brutal venganza contra los conjurados disuadió a los sectores descontentos del Ejército de intentar organizar otro golpe. Los alemanes cerraron filas con el régimen nazi y, de hecho, ya no se produciría ningún nuevo intento de atentado.

Tras la derrota de Alemania, a los vencedores —tanto los occidentales como los soviéticos— no les interesó que aflorase el conocimiento de las actividades llevadas a cabo por la resistencia al régimen nazi, más numerosa y organizada de lo que se suele creer. Es posible que los Aliados quisieran evitar que quedase así al descubierto su falta de apoyo a estos movimientos, o que deseasen culpabilizar al conjunto de la sociedad alemana, sin excepciones, de haber servido de sustento a la causa nazi, para poder así disfrutar de una superioridad moral sobre los vencidos que les ayudase a imponer las nuevas reglas. Las autoridades ocupantes se oponían a la publicación de artículos o libros sobre el tema. Sea por la razón que sea, la oposición al nazismo se convirtió en un tabú

que sólo un par de décadas más tarde comenzó a ser derribado, cuando los alemanes se decidieron a restituir a su país el crédito moral perdido en el traumático período del Tercer Reich.

El complot del 20 de julio quedó también oculto tras esa cortina de silencio. La consecuencia es que, tal como se ha avanzado, cuando los testigos rompieron a hablar ya había pasado demasiado tiempo. Los recuerdos ya no tenían la frescura necesaria y se confundían unos hechos con otros, o se fundían en uno solo. Además, no eran pocos los que habían "elaborado" esos recuerdos con el fin, consciente o no, de atribuirse una importancia en el complot mayor de la que se tenía en realidad, o los que decían haber presenciado escenas que se contradecían con la lógica temporal. La consecuencia de todo ello es que los historiadores han debido hacer un esfuerzo titánico para reconstruir de forma aceptable lo ocurrido ese día, y han tenido que aceptar que algunos puntos permanecerán para siempre en la oscuridad, ante la imposibilidad de establecer una verdad histórica inequívoca.

Por lo tanto, el lector ha de acercarse a este trabajo consciente de estas limitaciones. Por mi parte, he intentado ceñirme lo más posible a la versión de los hechos comúnmente aceptada. Todo el relato que figura a continuación ha sido elaborado siguiendo las conclusiones de los investigadores. Cada diálogo aquí reproducido está basado en fuentes precisas y dignas de credibilidad. Cuando una afirmación ha sido objeto de controversia entre los historiadores, se indica la existencia de esta discrepancia. Con todo ello se ha intentado confeccionar un relato lo más ajustado posible a la realidad.

Pero si, tal como se ha señalado, resulta difícil ofrecer garantías de que la narración de lo sucedido el 20 de julio responda efectivamente a la verdad, cuando intentamos aproximarnos a la personalidad del gran protagonista de aquella jornada, Claus von Stauffenberg, nos encontramos, por desgracia, en la misma tesitura.

Si el coronel Stauffenberg hubiera logrado su propósito, con toda seguridad hoy conoceríamos casi todos los detalles de su vida y su personalidad. Si sus biógrafos hubieran nadado en documentos relativos a él, dispondríamos de sus escritos y sus cartas, por lo que no sería muy difícil hacernos una idea de cómo era aquel decidido soldado que tomó sobre sus hombros esa ciclópea responsabilidad.

Sin embargo, el destino no quiso que Stauffenberg consiguiese su objetivo. La Historia reservaba seguramente un lugar destacado para él, pero la fatalidad quiso que en un solo día pasase de poder convertirse en el verdugo del régimen nazi a ser asesinado precisamente por ese régimen que deseaba con todas sus fuerzas ver hundido. Su nombre quedaría ya ligado para siempre al fracaso del golpe del 20 de julio de 1944.

Con Stauffenberg muerto, la Gestapo llevó a cabo un meticuloso registro en su vivienda de Berlín y en casa de su familia, en Bamberg. Sus familiares quedaron de inmediato sometidos a una estrecha vigilancia. La policía nazi confiscó todos los documentos que hallaron, sin olvidar el más pequeño papel. Ese material, que hubiera sido de enorme interés para los historiadores, no ha podido ser recuperado; se desconoce por completo su paradero. Es muy posible que esa documentación quedase destruida en cualquier bombardeo, pero no es descartable que los soviéticos se apoderasen del archivo en que debían figurar esos papeles. Las pesquisas realizadas en los archivos occidentales han dado todas resultado negativo; no se conserva ni uno solo de sus papeles. Quizás, las notas de Stauffenberg reposan hoy en una polvorienta caja de un vetusto archivo ruso.

Los únicos testimonios personales de Stauffenberg con los que cuentan los investigadores son algunas cartas postales hoy en poder de sus destinatarios, una orden de la época de la campaña de Francia, un trabajo mecanografiado con algunas notas manuscritas y, por último, el texto editado de una conferencia pronunciada por Stauffenberg. Sin duda, la Gestapo no facilitó el trabajo de los futuros historiadores. Aparte de estas fuentes que proceden directamente de Stauffenberg, sin intermediarios, su rastro puede seguirse en otros documentos menores[1]. Y éstas son todas las fuentes primarias con las que cuentan los investigadores.

Evidentemente, con estos escasísimos mimbres, la misión de confeccionar una biografía del personaje se antoja casi como imposible. Por lo tanto, los historiadores han debido recurrir al testimonio de todos

1 En los Archivos Nacionales de Estados Unidos en Virginia se encuentra el diario de guerra de la sección de organización del Estado Mayor, que proporciona información de cierto interés sobre las actividades de Stauffenberg. En unos archivos alemanes, en Freiburg, se hallan algunas órdenes que Stauffenberg elaboró cuando era director del Grupo II de la Sección de Organización.



Claus Shenck von Stauffenberg, el autor del atentado contra Hitler. Sus biógrafos se han encontrado con muchas dificultades para trazar su recorrido vital, ya que casi toda la documentación relativa a su persona desapareció.

aquéllos que le conocieron. Afortunadamente, se conserva la transcripción de sus declaraciones, recogidas sobre todo en la década de los sesenta. Ésta es una fuente que resulta de gran utilidad, pese a aparecer mediatizada por apreciaciones personales y subjetivas.

Por tanto, el presente trabajo, cuyo objetivo es trasladar al lector todo lo sucedido aquel 20 de julio de 1944, será necesariamente incompleto. No obstante, considero que con la información que contamos puede tejerse de forma fidedigna el argumento de aquel episodio. Además, mi intención es ofrecerlo de modo que se mantenga el interés a lo largo de todo el relato, pese a que el desenlace sea ya conocido.

Para cumplir con este segundo objetivo, me he visto en la necesidad de descartar información cuya inclusión en la presente obra podía lastrar innecesariamente la narración. Hay que tener en cuenta que en el complot del 20 de julio intervinieron, de un modo u otro, cientos de personas y que al menos varias decenas merecen ser nombradas, pero las referencias a estos implicados habrían desviado la línea del relato, ade-

más de que nos habría llevado por las infinitas ramificaciones de los movimientos de resistencia al nazismo.

Mi intención ha sido la de simplificar al máximo el volumen de información, en aras de la agilidad y la amenidad del texto, por lo que creo pertinente ahorrar al lector el abrumador aluvión de datos que suelen proporcionar las obras de corte académico. De todos modos, para proporcionar al menos una referencia a estos personajes secundarios, al final del libro he incluido un capítulo dedicado a los protagonistas más destacados del episodio, en el que aparece un buen número de ellos. Además, ese capítulo puede ser utilizado por el lector como *dramatis personae* para situar de inmediato cada uno de los nombres que van apareciendo a lo largo del libro.

Espero que esta narración de los antecedentes, el desarrollo y las consecuencias del golpe del 20 de julio de 1944 no acuse los condicionantes aquí referidos y que el lector, además de conocer la historia, pueda disfrutar con el relato de la misma como si de una novela se tratase. El argumento ofrece todos los alicientes para ello; ahora es responsabilidad del autor trasladar al papel la emoción, la inquietud, la frustración, el miedo y la resignación —por este orden— que se vivió en aquella intensa jornada que a punto estuvo de cambiar la historia del siglo XX.

En la guerra, causas triviales
producen acontecimientos trascendentales.

JULIO CÉSAR

Al encuentro de la historia

Para comprender un acontecimiento histórico, no hay nada más recomendable que acudir al lugar en el que ese hecho tuvo lugar. Cuando uno conoce un episodio concreto de la historia mediante la lectura, como suele suceder en la inmensa mayoría de ocasiones, ese hecho llega a nosotros a través de un único sentido: la vista. Aunque uno pueda gozar de gran imaginación, y en su mente tomen vida sus protagonistas y se plasmen sus escenarios, es indudable que la capacidad para penetrar en su conocimiento es forzosamente limitada.

En cambio, cuando uno visita el lugar en el que ese suceso se desarrolló, pasan a intervenir los otros sentidos. Llegan a nosotros los sonidos y los olores que seguramente percibieron los que entonces actuaron en ese mismo lugar. Y también interviene un sexto sentido, difícil de definir o clasificar; se trata de una vibración especial, la inquietante sensación física de que allí, en ese mismo sitio, pervive de un modo u otro la emoción, el drama, el miedo o la alegría que unas décadas o unos siglos antes —qué más da— experimentaron los que ocupaban ese

mismo espacio. En ese momento, el tiempo pasa a ser una variable irrelevante; lo que realmente importa es que tanto los personajes históricos como el visitante comparten las mismas coordenadas, hay una coincidencia real entre ambas realidades, y esa confluencia provoca un efecto tan poderoso como indescriptible.

Un ejemplo es el lugar actual bajo el que se encuentran las ruinas del búnker de Adolf Hitler, en Berlín. Allí fue donde el Tercer Reich vivió sus últimas jornadas, en las que discurrieron episodios dramáticos como el suicidio de Hitler y Eva Braun, y su inmediata incineración, o el de la familia Goebbels al completo. Tras la guerra, los rusos dinamitaron esa sólida construcción; sus gruesos muros permanecieron incólumes, pero los restos quedaron tapados por toneladas de tierra. La zona del búnker, que estaba situada en el Berlín Oriental muy cerca del Muro, fue reabierta en 1989 para construir unos bloques de viviendas y un aparcamiento de superficie para los vecinos. En la actualidad, eso es lo único que puede verse, un paisaje urbano como el de cualquier barrio residencial de cualquier ciudad. Sin embargo, la afluencia de aficionados a la Historia, y de turistas en general, es ininterrumpida.

La mayoría de los que acuden al lugar en el que se hallaba el *Führerbunker*, y que de hecho se encuentra casi intacto a quince metros de profundidad, lo hace por simple curiosidad. Tras un rápido vistazo en derredor, y comprobar que lo único que recuerda la existencia del búnker es un panel de información turística colocado sobre el césped contiguo al aparcamiento, la mayor parte de los turistas, tras un gesto de decepción, despliegan sus mapas de la ciudad y encaminan sus pasos hacia otro objetivo que resulte más agradecido con sus cámaras, como el *Checkpoint Charlie*, en donde incluso podrán encontrar figurantes disfrazados de soldados norteamericanos de la época, con los que podrán fotografiarse a cambio de una propina.

Aspecto actual del lugar bajo el cual se encuentra el búnker de Hitler, en Berlín. La habitación en la que el dictador y Eva Braun se suicidaron el 30 de abril de 1945 se localiza aproximadamente a unos 15 metros bajo el soporte de la barrera de entrada al aparcamiento.


LUXIMA

Pero hay otros visitantes que, tras leer atentamente todas las explicaciones del panel, comienzan a deambular lentamente por el aparcamiento, comprueban en algún mapa la orientación y la extensión del búnker que en ese momento tienen bajo sus pies, miden mentalmente sus lados y su distribución, intentan imaginar sobre qué habitación o sala se encuentran, e intentan descubrir el lugar exacto bajo el cual existe aún la estancia en la que el dictador nazi y su esposa se quitaron la vida.

Para el que realmente quiere conocer lo que allí ocurrió, tiene poca importancia que su sentido de la vista sólo capte unos edificios impersonales, un aparcamiento con su correspondiente barrera de paso y unas suaves ondulaciones de cuidado césped. Su sexto sentido le hace percibir una difusa corriente que procede del subsuelo, que le transmite pequeños y casi imperceptibles fogonazos de las trágicas escenas que allí mismo, en ese exacto lugar, tuvieron lugar hace varias décadas. Al alejarse de allí, uno tiene la sensación de haber estado compartiendo una parte infinitesimal, pero real, de aquel drama wagneriano que supuso el último acto del hundimiento del Tercer Reich.

En busca de sensaciones similares, partí a finales del verano de 2007 rumbo a uno de los lugares más significativos de la Segunda Guerra Mundial, pese a ser casi desconocido para el gran público. Se trata de la conocida como Guarida del Lobo, *Wolfsschanze* en alemán o *Wolf´s Lair* en inglés. Fue allí en donde la historia de Europa y del mundo pudo haber cambiado en menos de un segundo; en aquel mismo lugar, el 20 de julio de 1944, una bomba dejada por el conde Claus von Stauffenberg estuvo a punto de acabar con la vida de Hitler.

Esas instalaciones militares, que permanecen en un aceptable estado de conservación, se encuentran actualmente en Polonia, pero durante la guerra estaban situadas dentro del territorio alemán. El desplazamiento de fronteras decidido por Stalin y refrendado por sus aliados occidentales hizo que este lugar, situado en la Prusia Oriental, pasase a ser territorio polaco, quedando situado en el extremo nororiental del país. Son éstas unas tierras llanas y fértiles, punteadas por pequeños bosques, y que entonces estaban cuarteadas en extensas fincas; sus propietarios eran nobles germanos, los *junkers*, cuyas familias las poseían desde la época medieval. Allí, en esa región escasamente poblada y cercana a la frontera rusa, Hitler decidió en el verano de 1940 la construc-

ción de un cuartel general. Se construyeron barracones de madera, así como búnkers con muros de tres metros de espesor. Con toda seguridad, ya en ese momento su mente estaba en la campaña contra la Unión Soviética, que sería lanzada el 22 de junio de 1941.

A partir de esa fecha, con la que daba comienzo la Operación Barbarroja, la Guarida del Lobo pasó a ser el principal Cuartel General de Hitler. Estas instalaciones se encuentran a seis kilómetros de la ciudad polaca de Ketrzyn. Esa ciudad era conocida, cuando formaba parte de Alemania, con el nombre de Rastenburg, por lo que muchas veces se denomina a ese cuartel con el nombre de la ciudad. Rastenburg es pequeña y agradable, y puede advertirse claramente la herencia del periodo alemán, por la inconfundible silueta de sus iglesias y edificios. La larga era comunista ha dejado como herencia muchos bloques residenciales típicos de esa época, lo que desluce considerablemente el conjunto de la ciudad. Aunque se percibe un intento de contrarrestar esa uniformidad de estilo soviético con la rehabilitación de los edificios supervivientes de la época germana, es necesario realizar un esfuerzo para visualizarla como era entonces.

Durante la guerra, los habitantes de la apacible Rastenburg sabían que allí cerca había una base militar, pero nadie se imaginaba que allí pudiera estar el *Führer*. El temor de la población a la policía política del régimen hacía que nadie formulara preguntas inconvenientes, por lo que la presencia de Hitler en la zona pasó inadvertida para todos ellos.

En la actualidad, la Guarida del Lobo sigue siendo, en cierto modo, tan ignorada para sus habitantes como lo pudo ser en aquel momento. Ketrzyn, la antigua Rastenburg, no es un polo de atracción turística; los enclaves que atraen a los visitantes se encuentran más al este, en los lagos Masurianos. Allí pueden acampar, realizar rutas fluviales, practicar deportes acuáticos o descansar en alguno de los numerosos hoteles de la zona. Pero Ketrzyn no ofrece ninguno de esos atractivos, y tiene que conformarse con ser una lánguida ciudad provinciana, en la que se intuye que disfrutó de tiempos mejores, pero que hoy habita en la nostalgia por ese esplendor pasado que difícilmente volverá.

Aun así, cuando llegué a Ketrzyn, pude advertir el encanto de las escasas calles que conservan aún el ambiente germano de aquella época. Los aires del Báltico, trasladados de forma inconfundible a la arquitec-



Imagen del centro de Ketzryn. Cuando esta localidad polaca pertenecía a Alemania, su nombre era Rastenburg, un nombre por el que también era conocido el Cuartel General de Hitler, situado a solo seis kilómetros. Durante la guerra, sus habitantes no supieron nunca nada de la cercana presencia del dictador.

tura, transportan al visitante a esos tiempos que movían a la reflexión y a la melancolía, un bálsamo en la ajetreada vida moderna. Tenía la sensación que, de un momento a otro, iba a cruzarme con Immanuel Kant, el filósofo prusiano que vivió toda su existencia en la cercana Königsberg, hoy ciudad rusa con el nombre de Kaliningrado, y cuyos puntuales paseos servían —según cuenta la leyenda— para que sus vecinos pusieran en hora los relojes.

A la antigua Rastenburg había llegado yo como los auténticos viajeros, ligero de equipaje. Pero eso no había sido por decisión propia, sino por la incompetencia de la compañía aérea que me había llevado hasta Varsovia. La inexplicable pérdida de la impedimenta facilitaba, eso sí, la capacidad de desplazamiento de mi expedición unipersonal, pero en ese momento no dejé de acogerla con un gran fastidio. Lo que no sabía era que, como se verá más adelante, el destino me tenía reservada una razón para agradecer ese extravío.

Desde Ketzryn me dispuse a ir a la *Wolfsschanze*. Existe una línea de desvencijados autobuses que une las aldeas de la zona y que tiene

parada en ese lugar, pero debido a sus erráticos horarios fui aconsejado de tomar un taxi, lo que hice a primera hora de la mañana. El amable conductor me llevó por la estrecha carretera que, serpenteando entre huertos, campos y algún riachuelo, lleva hacia el pueblo de Gierloz, cuyo nombre era Görlitz en la época germana. Antes de llegar a él se encuentra el cuartel general de Hitler, que los polacos llaman *Wilczy Szaniec*, de traducción "la Guarida del Lobo".

En un inglés básico, el conductor me habló de las citas que mantenía el *Führer* con su *girlfriend* Eva en un pequeño refugio situado a la derecha de la carretera que cruza el cuartel, recomendándome que acudiera a verlo. Los turistas a los que, seguramente, solía repetir una y otra vez esa historia, no debían saber que Eva Braun nunca visitó esas instalaciones, pero simulé sorprenderme por la revelación y le prometí que iría a ver la cabaña en la que se celebraban esos encuentros románticos.

El taxi siguió rodando por la bucólica carretera, meciéndome con sus suaves curvas, hasta que comenzó a descender en línea recta hacia un bosque que quedaba oculto tras un cambio de rasante. De inmediato supe que estábamos a punto de adentrarnos en la Guarida del Lobo. El luminoso día quedó velado por las hojas de los altos y frondosos árboles, sumiéndonos en una repentina penumbra. Casi de golpe, la temperatura en el interior del taxi bajó unos grados.

El conductor paró el vehículo en la puerta de acceso al recinto y, tras recibir una generosa propina, se ofreció a venir a buscarme cuando acabase mi visita. Al contemplar la desangelada parada de autobús situada al borde de la carretera, en un estado de abandono que era difícil pensar que allí hubiera sido recogido algún pasajero en los últimos lustros, acepté sin dudar la oferta del taxista. Tras acordar que viniese a buscarme dos horas más tarde, emprendió el regreso a Ketrzyn.

Allí estaba yo, a las puertas de lo que había sido el Cuartel General de Hitler. Entonces había tres entradas, una en el este, otra en el oeste y la última al sur, así como tres zonas de seguridad antes de entrar en el perímetro del complejo propiamente dicho, con alambradas y zonas minadas. Hoy se accede directamente al interior de la segunda y, a diferencia de entonces, pude franquear ese perímetro sin ninguna dificultad, tan sólo satisfaciendo el pago de una entrada de importe más que moderado.

Lo primero que hallé fue un par de edificios bajos, pintados de color verde, que formaban una "L". Uno era un restaurante y otro un pequeño hotel. En la documentación de que disponía comprobé que esos dos edificios unidos estaban destinados a alojar a los oficiales que visitaban el cuartel. Muy próximos a estos dos edificios se encontraban los barracones de la guardia de las SS, el punto que marcaba la entrada a la zona de seguridad máxima del Cuartel General de Hitler.

El cuartel era en realidad un conjunto de casi cien construcciones bajas de hormigón, distribuidas por el bosque, en un orden aparentemente aleatorio. Había búnkeres, barracones, almacenes, oficinas, incluso una pequeña sala de cine. Los búnkeres estaban construidos con muros de hormigón de hasta diez metros de espesor, dispuestos con cámaras intermedias para aminorar el impacto de las explosiones.

El conjunto ocupa una extensión de 2,5 kilómetros cuadrados, sobre los 8 de la extensión total del bosque de Gierloz, que antaño fue un área de caza y recreo. En su construcción participaron 3.000 obreros alemanes; todo era alemán, incluso el cemento y el acero, que fue transportado expresamente desde Alemania. La primera estancia de Hitler tuvo lugar a finales de junio de 1941.

El complejo tenía la ventaja de estar cerca del territorio soviético y, además, estar protegido por la frontera natural que forman los lagos masurianos. En los alrededores de la Guarida del Lobo se establecieron otros centros de mando, todos ellos en un radio de cincuenta kilómetros; Secretaría del Tercer Reich, Jefatura del Ejército de Tierra, un Cuartel de Himmler, un Centro de Espionaje de la SS y un Centro de Espionaje militar.

Para que el Cuartel General de Hitler no pudiera ser detectado desde el aire, se camuflaron esos edificios e incluso los caminos, cubriéndolos con redes de hojas simuladas, que iban siendo cambiadas según la época del año, para confundirse perfectamente con el bosque.

En 1942 y 1943 se siguieron haciendo trabajos de construcción, reforzando con hormigón los barracones de madera que habían sido instalados anteriormente. Entre febrero y octubre de 1944 se construyeron dobles búnkers, cubriendo los muros de tres metros de grueso con una nueva estructura de cuatro metros de grosor, dejando medio metro de espacio y rellenando este espacio con piedra molida, para absorber mejor los impactos.



Este edificio destinado al alojamiento de los oficiales que acudían al Cuartel General de Hitler en Rastenburg es en la actualidad un restaurante.

Ante la proximidad de las tropas rusas, Hitler abandonó el Cuartel General el 20 de noviembre de 1944. El 4 de diciembre se cursó la orden secreta de destruir todo el complejo, con el nombre en clave de *Inselsprung* ("volar la isla"), pero ésta no sería puesta en práctica hasta el 24 de enero de 1945. Se utilizaron entre ocho y diez toneladas de explosivos para volar cada búnker, pero esa cantidad no fue suficiente para destruirlos.

Tras la guerra, los rusos decidieron destruir lo que quedaba aún en pie. En el intento de demolición de cada búnker se volvieron a emplear unas diez toneladas de explosivos pero las sólidas construcciones tampoco no pudieron ser voladas por completo. Gracias a la solidez de sus muros, aquellos búnkers se conservan hoy en un aceptable estado. El trabajo que los soviéticos sí culminaron fue el de la desactivación de las más de 55.000 minas que rodeaban el complejo, una labor que les ocupó entre 1952 y 1955.

En la actualidad, se hace evidente que el lugar merecería estar mejor conservado, pero las autoridades se limitan a controlar el acceso

y a pintar unos carteles con el aviso de "¡Peligro!" en varios idiomas, que indican que es peligroso meterse entre las ruinas de los búnkeres, un aviso que los turistas suelen ignorar.

El lugar de la explosión

Teniendo toda esa información presente, inicié el recorrido. Gracias a mi mapa, sabía que lo primero que encontraría, a mi derecha, sería el lugar que ocupaba el barracón en el que estalló la bomba de Stauffenberg. Caminando a paso rápido por el sendero que allí conducía, mi corazón se aceleraba, más que por el esfuerzo, por la emoción al acudir a ese encuentro con la Historia. A distancia, un claro en el bosque al lado derecho del camino me advertía de que aquél había sido el emplazamiento de aquella construcción; me aproximé y, en efecto, allí delante tenía el lugar que a las 12.42 del 20 de julio de 1944 sirvió de escenario para aquella tremenda explosión.

Despacio, me acerqué al sitio concreto en el que se produjo la deflagración: una viga de hormigón que había servido entonces de cimiento a la estructura. El punto exacto, ennegrecido aún por el efecto de la explosión, estaba señalado con una pequeña placa. Puse la palma de mi mano sobre ella. Era difícil reprimir un estremecimiento al compartir el espacio físico con aquel estallido brutal de luz amarillenta y calor infernal, aquella detonación seca que rompió los tímpanos, que hizo volar astillas y cristales, que hirió y mató en un instante. Todo ello lo capté en ese emocionante momento, como si el frío y húmedo hormigón quisiera transmitirme a través de la placa metálica su elocuente testimonio.

Una vez saboreado el *plato fuerte* nada más comenzar la visita, el resto de la misma amenazaba con convertirse en un tedioso anticlímax, pero nada más lejos de la realidad. Seguí caminando por el sendero marcado, contemplando los restos de varios edificios auxiliares, como el barracón destinado a las mecanógrafas, que aún se conserva en buen estado.

Al cabo de un rato, cuando comenzó a diluirse la excitación provocada por el contacto con el lugar exacto de la célebre explosión, sentí por primera vez como un frío húmedo penetraba a través de mi fina camiseta veraniega. En ese momento me acordé, y no en términos muy favora-



Aquí explotó a las 12.42 del 20 de julio de 1944 el artefacto explosivo dejado por Claus von Stauffenberg unos minutos antes. La placa señala el lugar exacto de la deflagración.

bles, de la línea aérea que me había traído a tierras polacas, y su falta de cuidado en la custodia de mi equipaje, aligerándome así de cualquier ropa de abrigo. Conforme fui adentrándome en el bosque, la sensación de humedad iba incrementándose. Las partes del suelo más sombrías aparecían embarradas y de las enmohecidas estructuras de hormigón pendían pequeñas estalactitas.

La sensación de frío fue máxima al llegar al búnker marcado con el número 13. Su ocupante, como no podía ser de otro modo, había sido Adolf Hitler. Fue en ese momento cuando comprendí que el destino me había reservado la misma experiencia que tantos visitantes a la Guarida del *Führer* habían sentido en su propia piel. Todos los que acudieron allí a la llamada del tirano coincidirían en el ambiente frío y húmedo que, en cualquier estación del año, rodeaba aquel lugar. Además, Hitler odiaba el sol y el calor, por lo que renunciaba incluso a la calefacción en su búnker. Ese ambiente gélido suponía una pesadilla para las secretarias que debían trabajar a sus órdenes.

Así pues, la experiencia en la *Wolfsschanze* era ya completa. Entendí perfectamente el estado depresivo que se abatía casi de inmediato sobre la mayoría de los que visitaban aquel complejo. El frío, la niebla, la densa humedad, conformaban una atmósfera opresiva e insana. Pero, afortunadamente, el destino no consideró necesario que conociera otro elemento habitual, como eran las nubes de mosquitos que solían infestar aquella zona semipantanosa.

Vistos esos dos puntos de interés, el emplazamiento del barracón en el que estalló la bomba de Stauffenberg y el búnker de Hitler, tan sólo restaba pasear entre los numerosos búnkers y edificios auxiliares distribuidos por el bosque.

Pero aún me quedaba por vivir otra experiencia excitante. Una vía férrea atraviesa el cuartel y a la entrada de éste existía un apeadero, al que llegaban tanto Hitler como sus visitantes, incluyendo jefes de Estado como el italiano Mussolini o el rumano Antonescu. Llevado por el atractivo que podía desprender ese lugar histórico, me encaminé hacia él. Llegué hasta la vía y comencé a caminar por ella, buscando con la mirada el célebre apeadero, tantas veces reproducido en innumerables fotografías; seguí andando más y más, alejándome del recinto y extrañándome de que pudiera estar a tanta distancia.

Continué caminando hasta que, tras una curva, perdí de vista el cuartel. El lugar había adquirido ya un aire irreal. La hierba alta cubría buena parte de los raíles y las traviesas, y podían verse en el suelo unas extrañas babosas de enorme tamaño, de un color naranja muy vivo. El zumbido de algún insecto rompía de vez en cuando el inquietante silencio. Entonces, allí, en mitad de la vía, tuve la sensación de que en cualquier momento iba a surgir de la cerrada curva una humeante locomotora negra, escupiendo vapor y dirigiéndose a toda velocidad sobre mí. Quizás, del mismo modo que el frío hormigón me había transmitido todo aquello de lo que había sido testigo, las oxidadas vías y las traviesas de madera podrida me estaban traspasando sus experiencias al servir de camino férreo a aquellos trenes que iban o regresaban de la *Wolfsschanze*.

La maleza cubre parte de las vías de la línea férrea que comunicaba el Cuartel General de Hitler con el exterior. Al final de la curva se llegaba al apeadero del recinto, a donde llegó Mussolini el mismo día del atentado.





Los restos del edificio destinado al personal del Ministerio de Asuntos Exteriores. El efecto de los infructuosos intentos de volarlo desde el interior, por parte de alemanes y soviéticos, se puede apreciar claramente en la grieta horizontal que parte de la ventana.

Como el tiempo ya apremiaba, renuncié a seguir buscando el apeadero y emprendí el regreso. Pero cuando ya me encontraba cerca del recinto, distinguí al borde de la vía, entre la tupida vegetación, lo que parecía ser el borde de una plataforma. Sí, allí estaba el andén, o lo poco que quedaba de él, pero el bosque se lo había tragado casi por completo. Abriéndome paso entre unas zarzas, pude adivinar unos pocos metros más allá los restos de una pequeña construcción, seguramente la caseta del encargado de la estación. Eso era todo lo que quedaba de aquel lugar al que los jerifaltes de los países dominados por el Tercer Reich acudían a rendir pleitesía al que entonces era dueño de casi toda Europa.

Miré el reloj y vi que aún disponía de algún tiempo antes de la hora prevista para el regreso del taxista. Paseé por el área que no había visitado, reflexionando sobre todo aquello que estaba viendo. Vinieron a mi mente esos pasajes de la literatura fantástica, en las que el espíritu del mal, en forma de dragón o de cualquier animal mitológico, habita en un pantano, de entre cuyas fétidas aguas surgen gruesos árboles con enmarañadas raíces. La Guarida del Lobo aparecía como el escenario perfec-

to para una de esas leyendas. Y allí, del mismo modo que sucede en esas historias, entró el héroe dispuesto a acabar con la encarnación del mal; Stauffenberg, desafiando al terrorífico dragón, acudió hasta su cubil decidido a darle muerte. Pero lo que suele funcionar en las historias de ficción no siempre soporta su descenso a la realidad; la espada de Stauffenberg no acertó con el corazón del dragón, y el héroe acabó siendo devorado por éste.

La visión del lugar desde el que Hitler dirigió la guerra durante los ochocientos días que allí residió me hizo comprender de inmediato, como ningún libro podrá hacerlo, la irrealidad que rodeó al dictador germano; las fronteras, los ejércitos, la vida de millones de personas, todo se transformaba allí en fríos informes basados en fríos números, y que llevaban a adoptar frías decisiones. Estaba claro que de allí, un tétrico y oscuro pantano, no podía salir nada que pudiera resultar benéfico para ningún ser humano.

A la hora convenida, apareció el taxista. Ya dentro del coche, me preguntó muy sonriente si, tal como me había recomendado, había visitado la cabaña en la que Hitler y Eva Braun mantenían sus encuentros. Aparentando un despiste, le confesé que no. Pero le prometí que la próxima vez sí que le haría caso. Ya tenía una excusa para regresar allí algún día.